

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías 52, 13 – 53, 12): *Él tomó el pecado de muchos.*

Salmo (30, 2 y 6.12-13.15-16.17 y 25): *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»*

2ª lectura (Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9): *Mantengamos firme la fe.*

Pasión (Juan 18, 1 - 19, 42): *Mi reino no es de este mundo.*

Es bonito celebrar una fiesta en una buena mesa, compartir viandas y caldos que sirven para disfrutar un tiempo dedicado a la conversación. Más de una fiesta ha servido para poner fin a una querrela familiar, a una enemistad o incluso a una guerra.

La fiesta requiere esfuerzo: **¿Quién la organiza? ¿Dónde se prepara?** Requiere efectuar unas compras, unos productos para compartir: carne, pan, vino... Echar mano de un cordero es una solución práctica y asequible en una cultura agrícola y ganadera. El cordero se convierte en sinónimo de manjar, fiesta, encuentro y alegría; de paz, también, si la comida hace posible la reconciliación de comensales enfrentados.

¿Qué culpa tiene el cordero para ser víctima de la fiesta que los demás necesitan o quieren celebrar? Ninguna. Es su razón de existir. **¿A alguien le apetecería ser cordero si tuviera posibilidad de elegir?** Nos llevaríamos sorpresas si hiciéramos esa pregunta en una asamblea. Las madres responderían que sí. *“Por el bien y la vida de sus hijos no les importaría para hacer posible la fiesta y la paz”*. **¿Sólo las madres, padres y pocos más?** Hace falta estar loco de amor para convertirse en víctima inocente que hace posible la vida de otros.

Hay personas que aceptan ser declarados culpables para evitar la condena de seres queridos. **¿Son tontos o su amor apasionado les hace asumir la correspondiente pasión por el bien del otro?** *«Nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos»*.

¡Inaudito! Pensamos y decimos. Porque nuestra religiosidad entiende la relación con Dios como un tener que ganarse lo que Él, generosa y desinteresadamente nos da. No entendemos que Dios nos pueda querer hasta el punto de hacerse cordero y pan y vino para que celebremos la fiesta de la vida y desde la reconciliación iniciemos una *“nueva vida”*.

No entendemos que Dios sea como las madres y padres, como los mejores amigos, como las mejores personas que pueblan este mundo con esa capacidad de darse y ofrecerse. Es muy posible que nosotros no seamos capaces de hacer esa entrega servicial de nuestra vida. Pero eso no impide que creamos en un Dios que sí lo hace.

Afortunadamente muchas personas en el mundo dan más de cuanto se les puede exigir por justicia. Y allí es donde está la diferencia que salva al mundo. Cuando es el amor, sin obligación ni recompensa, el que se pone en marcha y se ofrece a ser víctima, se pone a servir la mesa y a arreglar la casa para que otros puedan disfrutar y vivir juntos. Cristo Jesús es así: nos ofrece sus servicios sin esperar nada, da su vida por los demás, por todos nosotros y en su sacrificio está nuestro futuro.

Jesús cargo con la cruz de nuestras culpas y la llevó hasta la cima del Calvario. Allí la descargaron de sus hombros para clavarle en ella y dejarle morir como un maldito. Jesús insistió mucho en su predicación sobre la cruz como destino de su vida y como condición inequívoca de su seguimiento: *«El que quiera ser mi discípulo debe estar dispuesto a renunciar y a cargar con la cruz»*.

Esta radicalidad, sin paliativos ni atenuantes, ha inducido a muchos a pensar en el discipulado de Jesús negativamente como si significara odio o desprecio de la vida. Es opinión de muchos en la actualidad. Pero lo que en realidad anuncia la fe cristiana es la vida, la fe en la vida y la defensa de la vida. La renuncia de sí mismo y la aceptación de la cruz como condición del seguimiento pueden expresarse de esta otra manera: *“el que quiera seguir a Jesús ha de estar dispuesto a todo”*.

El amor a la cruz no es masoquismo, ni sadismo, ni odio a la vida y a sus valores. El amor a la cruz no dice que el dolor sea bueno en sí mismo, ni deseable por sí mismo. Nunca habla Jesús del dolor como algo apetecible ni lo considera como un valor absoluto. Todo lo contrario. Por cruz entiende todo esfuerzo que uno acepta o voluntariamente se impone por amor, para hacer realidad en sí mismo la voluntad de Dios.

Esa voluntad de Dios que equivale a una vida en plenitud, la cual puede exigir razonablemente esfuerzos y renunciaciones. Nada grande se suele conseguir sin sacrificio previo. El que quiera seguir a Cristo no puede cerrar los ojos a la realidad de lo temporal como limitado y caduco. La vida en plenitud con Dios es meta final. Todo lo demás es relativo. La fe que salva no se contenta con asumir un aspecto de la realidad porque es una visión falsa. La fe que salva asume el conjunto de la vida como es y lo que con fe puede llegar a ser.

El seguimiento de Cristo Jesús exige un gran sentido del amor y de la solidaridad. Seguir a Jesús es continuar su obra siguiendo las mismas directrices iniciales. Mejor que hablar de amor a la cruz debería hablarse siempre del Crucificado que cuelga de ella y da sentido a todo.